Un cuento de amor en mayo

Silvia Schujer

Ilustraciones de O'Kif-MG





www.loqueleo.santillana.com

- © 2010, Silvia Schujer
- © 2010, 2014, Ediciones Santillana S.A.
- © De esta edición:

2015, Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4336-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723 Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*.

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maquieira

Ilustraciones: O'KIF-MG

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Churrillas y Julia Ortega

Schujer, Silvia Graciela

Un cuento de amor en mayo / Silvia Graciela Schujer ; ilustrado por O'Kif-MG. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

88 p.: il.; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4336-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. O'Kif-MG, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 6.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Un cuento de amor en mayo

Silvia Schujer

Ilustraciones de O'Kif-MG



Capítulo i

- —¡Clara Inés, por favor!
- —Noescuchonoescuchonoes...
- —¡No hagas esto, hija!
- -...cuchonoescuchonoes...
- —¡Que abras la puerta, te digo!
- -...cuchonoescuchonoescu...
- —¡Vamos niña Clarita, abra ya! —intentó Tobiana.
 - —**..**.
- —Ya mismo Clara Inés —amenazó doña Carmen—, porque si no...
- —Si no ¿qué? —empezó Clara, encerrada en el cuarto—. ¿Mandarán al Regimiento de Patricios para voltearme la puerta? ¿Al de Pardos y Morenos? Ah, qué miedo. ¿Me encerrarán en un convento como a la pobre tía? ¿Me dejarán

sin comer? Si es por mí, que se lleven la comida para los perros y las mulas, para los esqueletos, los moribundos y todos los demonios del universo.

Clara estaba furiosa. Se había pinchado por trigésima vez en una hora y, harta de chuparse la sangre que le brotaba del dedo, había optado por estrellar el bordado contra el piso y salir corriendo a su habitación.

"¡Se acabó!", se había repetido una y mil veces mientras arrastraba la silla, la cama, la mesita de noche y todo lo que encontraba a su paso con tal de trabar mejor la puerta.

¿Por qué tenía que pasarse las tardes bordando? Odiaba la costura. ¿O aprendiendo a pegar los labios para comer, para tomar, para reírse, para saludar? ¿Acaso no era más fácil hacer todo eso con la boca un poco abierta? ¿Y el piano? ¿Por qué tenía que tocar preludios, si sus dedos no hacían más que tropezarse con las teclas? ¿Por qué lo que de verdad le gustaba no era asunto de mujeres, como decían las amigas de su madre? Esas cotorras cotolengas copetudas

que además despreciaban a Mariquita, su tía del alma.

En eso pensaba Clara cuando oyó que golpeaban la puerta de calle. Cuando escuchó que la puerta se abría y que alguien entraba a su casa.

En eso trató de seguir pensando cuando la voz de Tobiana le anunció la llegada del pintor.

— ¡Si lo viera, amita Clara! Compóngase y salga que le va a gustar.



Capítulo 2

Clara Inés de los Ángeles era hija de un rico comerciante criollo: José Agustín Orihuela. Y de una dama de la alta sociedad: doña María del Carmen Ordóñez y Velazco (de Orihuela y olé, como solía bromear Mariquita).

Clara había nacido el 4 de abril de 1799 en una casona de la ciudad de Buenos Aires. Muy cerca del Cabildo y de la recova que dividía en dos alas la Plaza Mayor.

Ahora tenía once años y unos cuantos problemas:

Odiaba bordar y lo decía.

Tocaba mal el piano, bailaba peor el minué.

Le encantaba correr, pero se enredaba con las enaguas. Prefería la ropa de varón y lo decía.

Había aprendido las letras con ayuda de su padre. Y quería leer pero no tenía qué, salvo las oraciones de la iglesia, que la hacían bostezar.

También le gustaba el dibujo. Pero a nadie parecía importarle.

Para Clara lo único que provocaban sus gustos eran disgustos. Y no entendía por qué. Y le daba rabia o tristeza, porque se sentía sola. Pero esto solo se lo decía a Tobiana, la criada que la acompañaba desde que había nacido y que siempre trataba de consolarla. A veces contándole cuentos, otras chismorreándole lo que escuchaba en el mercado —ahí nomás, en la recova— cuando salía de compras. Otras, llevándola a escondidas a la casa de los Thompson. Allí solía estar misia Mariquita con sus hijos y los hijos de sus criados, siempre dispuesta a recibir visitas, a sumarlas a su juego favorito de disfrazarse y actuar. Como en el teatro, decía, y a todos les daba un papel.

Doña Carmen quería a su hija, cómo no. Soportaba y hasta le causaban gracia algunos de sus "caprichos", pero no podía permitirlos. "Donde hay caprichos, nido de bichos", repetía.

Que Clara fuera tan díscola, pensaba además, la volvería infeliz. ¿Qué hombre rico, noble y decente querría casarse con ella, si no sabía bordar, ni cerrar la boca cuando nadie le pedía opinión? ¿Qué clase de marido podrían conseguirle, si lo único que la muchacha pretendía era imponer su voluntad?

Para doña Carmen el futuro de Clara era un enigma. Un criadero de problemas que disimulaba ante su marido, porque el hombre le había confiado la educación de la nena como quien fía un tesoro.

Solo un detalle tranquilizaba a la mujer: su hija era linda como una fruta fresca. Tenía los ojos grandes y claros como dos amaneceres. Una belleza.

De ahí que aquella tarde, y con Clara todavía encerrada en el cuarto, llegara un pintor a la casa. Doña Carmen lo había conseguido en la Casa de Niños Expósitos, a donde solía ir de visita para llevar ropa o pastelitos a los huérfanos.

Se lo había recomendado el propio director del albergue y ella había aceptado probar a ese joven artista con la esperanza de que hiciera el retrato de su hija. Porque entonces, imaginaba la mujer, mientras Clara no estuviera madura para ser presentada en sociedad, exhibiría el cuadro en el salón de las tertulias y lo demás vendría solo: los buenos pretendientes, el elegido y la boda.

Capítulo 3

- —¿Para qué me llamaron? —empezó Clara con restos de enojo—. ¡¿Y el tal pintor?! —insistió decepcionada. Y es que, al entrar en la sala donde supuestamente la esperaba un artista, lo único que vio fue el dorso de un viejo caballete y a su madre nerviosa moviendo unas sillas.
- —¡Cambia el tono, Clara Inés! —la frenó doña Carmen—. ¡Antes que cuente hasta tres! —Pero dejó el sermón para otro momento porque justo en ese instante, de atrás del caballete, se asomó un muchacho delgado y marrón, con más cara de espanto que de artista.
- —Miguel Soria, niña Clara, mucho gusto.

Conmovida con la tímida y escueta aparición, Clara hizo una reverencia que dejó muda

a su madre. "Así que la mocosa sabía saludar", se sorprendió.

Y el pintor se animó un poco más.

- —Miguel Soria, niña Clara, pero puede llamarme Chicombú.
 - -¿Chico qué?
 - —Chicombú.

Clara tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse, pero apenas pronunció aquel nombre en voz alta "Chicombú, Chicombú", la carcajada estalló sin control. Se le escaparon sin el menor decoro, esos cacareos interminables y contagiosos que tanto molestaban a los adultos, pero que ella no podía reprimir.

Por su parte, pasado el primer susto y vencido por la tentación, Chicombú empezó a reírse también. Y con todos los dientes, que eran parejos y blancos, igual que un teclado de perlas.

—¡A ver, a ver, Malaver! —interrumpió palmoteando doña Carmen, contenta con que el humor de su hija hubiera mejorado, pero decidida a poner fin al desorden—. ¿Qué tal si empezamos con el trabajo?